

LA ARQUITECTURA DE GÓMEZ DAVO

La arquitectura no es un arte de improvisaciones, sino de sedimentación. Don Antonio Gómez Davó, el ilustre arquitecto valenciano, nacido en la plaza de Tetuán el 13 de mayo de 1890, recientemente fallecido —el 14 de septiembre de 1971—, pensaba así. Cultivar la tradición no es estancarse, es compendiar experiencias diversas. Y Gómez Davó cultivaba la tradición y hacía esa arquitectura de belleza perdurable tan distinta de la mera construcción, sin categoría estética.

El catedrático de Filosofía de la Universidad de Valencia —hoy ya jubilado, pero con la mente y el corazón tan jóvenes como en activo—, don Francisco Alcayde Vilar, en su discurso de recepción como académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la que actualmente es académico de honor, eligió como tema el de la arquitectura valenciana, sosteniendo la tesis de que existe una escuela valenciana de arquitectura, con los mismos méritos y grandeza que la de pintura. Señalaba el doctor Alcayde las características de nuestro arte valenciano y demostraba la existencia palpable de esta escuela, con dos direcciones: barroca y gótica. Estudiaba el profesor Alcayde Vilar la arquitectura moderna regional y aseguraba que, en el momento que pronunciaba su discurso, perduraba, con la misma pujanza que en los mejores tiempos, la escuela valenciana de arquitectura. Luego han venido otros aires, pero lo bien arraigado y bien hecho nunca desmerece.

Como modelos citaba obras conocidas de dos arquitectos de la tierra, entonces a la cabeza de su gremio: Francisco Mora, que simbolizaba la versión valenciana de un «modernismo» que sabía actualizar el gótico, como en el palacio de la Exposición, y el renacimiento, en el Banco Hispano Americano, ahora en oprobioso derribo, y Antonio Gómez Davó, que reunía toda la estética del barroco en el soberbio edificio de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Obras que, según don Paco Alcayde —así le llamamos cariñosamente los que fuimos sus alumnos—, satisfaciendo las necesidades de la vida actual, lo hacen recogiendo lo mejor de la tradición, tanto que, al verlas, parece como si toda el alma de nuestra tierra se nos presentase petrificada.

El edificio central de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, que ennoblece uno de los chaflanes más solemnes de Valencia, está en la línea del más depurado estilo barroco, pero un barroquismo predominantemente regional, de altas calidades estéticas y con el carácter personalísimo de su autor, que sabe sumar a la belleza de los detalles decorativos la serenidad

de sus proporciones, todo en los más nobles materiales.

Portada achaflanada, graciosa, esbelta, que liga cinco plantas, ornamentada sin excesos, culminando en un ojo de buey que reposa en las volutas de la repisa inferior. De gran valor decorativo es el balcón de la fachada lateral, resolviendo con acierto la balaustrada redonda, entre columnas apoyadas en volutas coronadas de floreros. El balcónal doble resulta esbelto; su amplio vuelo reposa sobre ménsulas decorativas que armonizan su efecto.

El interior del edificio es suntuoso, medurado y elegante en sus proporciones. En el material utilizado se combinan riqueza, fortaleza y colorido.

Realmente, este edificio, proyectado y dirigido por Gómez Davó, es suficiente para que su nombre quedase unido al de los grandes arquitectos valencianos, construyendo una obra que honra el arte arquitectónico de la España contemporánea.

Pese a sus éxitos continuados, Gómez Davó —hombre a la vez de cálculo riguroso y dibujo grácil— poseía una honda sencillez; así, en su discurso de ingreso en la Real Academia de San Carlos, empezó diciendo: «Lo que más me preocupa es encontrar un tema que esté a mi alcance y que pueda merecer vuestra atención, tan acostumbrada a asuntos trascendentales y del máximo interés. Carezco de tiempo para hacer un mediano trabajo de investigación que pudiera resultar útil y nada encuentro entre mis conocimientos que pueda ser nuevo para vosotros.»

Ocupó, como académico, la vacante de don Francisco Almenar Quinzá, recia figura profesional, que fue jefe provincial del Catastro Urbano de Valencia, autor, entre otras obras civiles, del convento e iglesia —hoy basílica— de los padres dominicos, de la parroquia de San Juan y San Vicente, etc.

El tema —muy significativo— desarrollado por Gómez Davó en aquella ocasión académica fue: «Importancia de la tradición en la Arquitectura», asegurando: «La arquitectura es producto de varios factores. Unos de ellos, inalterables y comunes a todas las obras arquitectónicas: las leyes de la gravedad, estáticas, de resistencia, etc. Otros, también permanentes dentro de determinadas zonas, pero variables de unas a otras: las condiciones climatológicas, topográficas, geológicas, etc. Y, finalmente, otras variables, que son debidas a influencias religiosas, económicas, sociales y, en general, a los progresos de la civilización.» Todas las teorías estéticas de la superación de la forma «final», de la relación con el medio,



Edificio central del Banco de Valencia (en Valencia)

incluso las de la supeditación a lo social, más modernas, quedaban aludidas.

Fue Gómez Davó una de las primeras personas que defendió la necesidad de que se estudiase en el bachillerato la Historia del Arte. En su discurso de ingreso en la Academia dijo estas palabras:

«Yo entiendo, sinceramente, que es misión nuestra, de todos los que sentimos veneración por la belleza y el arte, encaminar nuestros esfuerzos, individuales y colectivos, a obtener una atención preferente, por parte de los elementos docentes y oficiales, a que se dé a todos, absolutamente a todos, cualesquiera que sean las actividades a que piensen dedicarse, una cultura artística, y nada más elemental que enseñar en el bachillerato la Historia del Arte, que les permita, cuando lleguen a sitios preeminentes dentro de su profesión, apreciar la importancia de la belleza en las obras arquitectónicas y saber los sacrificios de orden material que para conseguirlo deben hacer», y en otro momento añade: «Yo pido una mayor cultura artística general que influya en todas las actividades.»

En su discurso de ingreso en la Real Academia de San Carlos había empezado diciendo: «¿Se puede hacer arquitectura prescindiendo de la tradición y me-

nospreciando su continuidad?... Yo veo que no.» Y sentada esta afirmación, y en torno a ella, habló del más noble fin de la arquitectura, que es el logro estético. Era el 9 de abril de 1941 cuando, después de las palabras del veterano arquitecto don José María Cortina, encargado de contestarle, se le imponía la medalla de académico.

En cierta encuesta realizada por entonces, un joven redactor del periódico *Levante*, Enrique Martínez Ballester —hoy subdirector del mismo diario valenciano—, requería la opinión de los más afamados arquitectos locales sobre el demérito ornamental que se empezaba a observar en los edificios para viviendas que se estaban construyendo y cuáles eran sus causas. Gómez Davó contestó:

«No creo que la acumulación de detalles ornamentales sea garantía de belleza; por el contrario, en determinados casos, puede acrecentar la fealdad. Lo que ocurre es que en arquitectura, lo mismo que en pintura y demás bellas artes, la originalidad debe ser hija de una plétora de cultura y dominio del "oficio". Se están realizando obras bellas muy interesantes, con poca ornamentación; pero son profesionales que han estudiado, conocen y han dibujado las anteriores arquitecturas: la egipcia, la griega, la romana, la árabe, la gótica, la renacentista, la barroca, etcétera, y que al realizar hoy edificios con simplicidad los realizan con un sedimento de todas ellas, que les permite componerlos con bellas proporciones en el conjunto y en cada elemento y con grandes armonías cromáticas, que hacen innecesarios los pequeños detalles ornamentales. El peligro está en querer hacer estas innovaciones sin un adecuado conocimiento de las arquitecturas anteriores; entonces se fracasa.» Por el camino de una posible y recomendable simplificación, Gómez Davó entreveía el triunfo próximo, entre nosotros, de una estética nueva.

Tenía forjado Gómez Davó su ideal urbanístico: «Para acercar Valencia a este ideal —confesaba— procuraríamos impedir las destrucciones y derribos que



Centro de Protección Maternal e Infantil Virgen de los Desamparados (La Cigüeña), en Valencia.

no fueran absolutamente indispensables, para evitar que Valencia pierda sus características típicas. Y aplicaría diferentes sistemas urbanísticos a cada una de las zonas. En la zona histórico-artística, las teorías de Camilo Sití: calles y plazas irregulares, con cierres de perspectivas edificadas. En la zona interior intensiva, las normas de los hermanos Adam: plan espacioso y claro de calles y plazas combinados con las del arquitecto Nash, autor de Regent Street, de Londres, la calle que ha tenido fama de ser la más hermosa de Europa, trazada en graciosa curva. En la zona de ensanche, el urbanismo de Huissmann: grandes vías y espaciosas avenidas rectas, plazas regulares, grandiosas, con vegetación, espacios verdes y, en unas y otras, cierre de perspectivas con edificios monumentales. En la zona periférica o de expansión seguiría las modernas ideas de Le Corbusière, con sus edificaciones abiertas, en forma de peine, emplazadas en grandes espacios abiertos y verdes. Todo ello de acuerdo con un plan general de conjunto que estableciera una buena circulación, tanto para vehículos como para peatones y para transportes, especialmente esta última en las zonas industriales y de tránsito.»

Nuestro Portal de Valldigna centra uno de los rincones más característicos, recoletos y antañones de la ciudad. Cuando se iniciaron las obras de demolición y reconstrucción en el edificio contiguo a dicho Portal, la prensa, los amantes de la Valencia pretérita, llena de sabor y color, manifestaron sus temores, más o menos vehementes, su desasosiego porque aquel pintoresco rincón ciudadano quedase anulado, insípido, afeado, roto su encanto. No fue así: se respetó escrupulosamente el carácter, el estilo, el ambiente, y la reforma constituyó un acierto más de Gómez Davó, el arquitecto artista, lleno de originalidades, quien, según nos contó hace unos días don Salvador Pascual —hasta hace poco decano del Colegio de Arquitectos y actual presidente del Círculo de Bellas Artes—, le pidió a él, su joven amigo y compañero, que verificase las obras de derribo, porque a Gómez Davó, que ya tenía hecho el proyecto del nuevo edificio y no dudaba en construirlo, se le partía el alma al pensar en derribar, en herir con la piqueta la parte de aquel bello rincón de indispensable reforma. Y don Salvador Pascual, comprensivo y complaciente, se ocupó de que se demoliere, cuidadosa y hasta mimosamente, la vieja arquitectura, satisfaciendo a su viejo amigo. Las reformas, los estilos arquitectónicos y toda clase de construcciones han de mantener su carácter en consonancia con el lugar que están enclavadas. Gómez Davó consiguió salvar el Portal de Valldigna.

El filósofo Alcayde Vilar, artista de corazón, cuyo discurso de ingreso en San Carlos versó —ya se ha dicho— sobre arquitectura valenciana, dijo en 1950, en el cotidiano *Levante*, tratando de «Medio siglo de arquitectura valenciana»: «En el Monte de Piedad de la Glorieta, obra de Gómez Davó, la primera impresión es de grandeza, serenidad, gravedad, equili-



Casa central de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia

brio. La grandeza no consiste en las dimensiones gigantes, sino en la unidad del aspecto total, que considero como lo esencial del barroco. Obedece su construcción a este principio de unidad, al que se deben subordinar todos los detalles y motivos ornamentales. Su serena belleza nace de la armonía, es decir, de la relación de todos los elementos de esta obra estética entre sí, creando la unidad total. En él veo representados los elementos decorativos más castizos de nuestra tradición barroca.» Los ventanales y columnas de los pisos altos —según el doctor Alcayde— recuerdan la torre de Santa Catalina; las macizas columnas de la fachada traen a la memoria el antiguo palacio de Jurarreal, recayente a la calle En Llop, hoy desaparecido, como tantos y tantos palacios que, necesariamente, han sucumbido; las molduras de la fachada, en su parte del chaflán, son una superación soberbia de las de la casa llamada del Pilar, o palacio de los condes de Rótova, de la calle de las Barcas, número 8, y, también, de la portada de la casa de la calle del Hospital en que está instalado el Colegio del Arte Mayor de la Seda; los pináculos de la terraza superior, que tanto destacan en el cielo azul mediterráneo, están inspirados en el palacio de la Generalidad; otros elementos de la fachada están inspirados en la iglesia de San Andrés; las pilastras

del hall de operaciones para el público, inspiradas en la iglesia de los Santos Juanes, etc. En fin, toda la tradición de nuestro arte barroco reunida en un edificio que honra a Valencia y a su autor.

Para la Feria Nacional del Campo de 1959, en Madrid, le fue encargada a Gómez Davó la construcción de una alquería de la huerta valenciana. La interpretación que Gómez Davó hizo de nuestra arquitectura campestre consistió en una casa de aspecto patriarcal, con aposentos espaciosos y los arreglos necesarios para la vida de relativo aislamiento que suponía la distancia a que estaban de los pueblos. La alquería de Falcó, en el camino de Moncada, fue la elegida por modelo; su adaptador supo dar novedad y originalidad al viejo tema, conservando su familiar y acogedor aspecto.

Otra obra suya es el edificio esbelto y robusto, pero proporcionado y elegante, de la sucursal, en la valencianísima barriada de Ruzafa, de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, en la plaza del doctor Landete, número 4. Fue inaugurado en enero de 1951 y su estilo es semejante al edificio central de la benéfica institución. Existe ese ligero parecido que hay entre quienes llevan un mismo apellido; son imperceptibles rasgos de una fisonomía que recuerdan al hermano mayor. Hijos, todos, de un mismo padre.

Dentro de ese mismo estilo está también el edificio de la sucursal de la Caja de Ahorros en Bétera, de bellas formas, con leves acentos barrocos, inaugurado el 22 de octubre de 1955.

Gómez Davó fue el arquitecto del grupo benéfico San Francisco Javier, de Campanar. El ministro de la Gobernación, que lo era el 11 de abril de 1943, don Blas Pérez González, inspeccionó las obras en esa fecha, y le llamó tanto la atención la concepción del edificio, que preguntó por el arquitecto, al que felicitó entusiastamente.

La iglesia del citado centro benéfico resulta original y llena de encanto, acogedora, recoleta, devota, sin perder colorido y grandeza, por la altura y majestuosidad de sus líneas. El techo está rica y caprichosamente decorado al estilo mudéjar, y tanto los ventanales apuntados como las rosetas del friso superior de los blancos muros llevan cristalería de colores, con dibujos y alegorías caprichosos que embellecen esta originalísima iglesia de líneas arquitectónicas sencillas y alegres, como son las que la influencia de Oriente imbuje siempre al arte hispánico islamizante.

Está situado este conjunto arquitectónico del grupo benéfico San Francisco Javier, de Campanar, no lejos de la margen izquierda del Turia. Un largo muro, que tiene forma de enorme cuadrilátero, circunda el conjunto de edificaciones, entre las que surgen arboledas y jardines. Grandeza arquitectónica pulcra, elegante. La distribución de los edificios, de puro estilo colonial español —menos la iglesia citada—, es armónica, y el binomio de toda buena arquitectura «edificio-vegetación» o «edificio ambiente» triunfa por doquier.

La Junta Provincial de Protección de Menores le encargó la construcción de la guardería infantil del Cabañal, lindando con el Cañamelar. Construyó también el reformatorio de Godella. Ambas obras honran a su autor, artista siempre. En esta línea de edificios benéficos puericultores, proyectó Gómez Davó el pabellón para niños anormales mentales Hospital-Jardín de Nuestra Señora de los Desamparados, Fundación Gómez-Ferrer.

La fama del doctor arquitecto Gómez Davó pasó las fronteras y aun los mares, y así, el 8 de noviembre de 1950, con motivo de celebrarse en Valencia el Día Mundial del Urbanismo —iniciativa del profesor don Carlos della Paclera, director entonces del Instituto de Urbanismo de Buenos Aires—, le fue entregada a don Antonio una placa premiando el desempeño de los cargos directivos que había ostentado en los Colegios de Arquitectos de España; entre otros cargos, había sido decano del Colegio de Valencia desde 1933 a 1935.

También por encargo de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, popular y benéfico establecimiento que confió siempre en su gran técnico y artista, proyectó y construyó el Centro de Protección Maternal e Infantil Virgen de los Desamparados, conocido popularmente por «La Cigüeña», edificio espléndido que cobija la Guardería y Hogar Infantil, con sus comedores, jardines y piscina. La parte superior del edificio está destinada a clínica de maternidad, con espléndidos quirófanos, recoleta capilla, laboratorios, sala de juntas, incubadoras, servicios de oxígeno, vivienda para la comunidad religiosa que atiende el establecimiento, etc. Todo con digna y sobria elegancia, a la vez que alegremente compuesto en volúmenes y espacios libres, de acuerdo con su destino. Se levanta el airoso y esperanzador edificio de «La Cigüeña» en la Alameda —buena vecindad—, esquina a la calle de Palacio Valdés, edificio achaflanado ligeramente, por los que tanta afición siente Gómez Davó. Su línea es sencilla, con una discreta estructura, belleza reposada que apenas se anima, en su parte superior, con detalles ornamentales muy del estilo davosiano. Rodeada de jardines —municipales unos, propios otros— y festoneada por ondeada tapia, todo juega con el remate superior del edificio, en el que se repiten los pináculos. Fue inaugurado este centro —ya popular— en junio de 1960.

Es curioso que, en cierta referencia periodística que se hizo del centro, en 20 de junio de 1962, se dijera que de esta doblemente magnífica obra —por el papel que desarrolla en ella la Caja de Ahorros y por la belleza y elegancia de sus líneas— «fue consejero ponente de esta institución don José Abad Monzó, ya fallecido, y arquitecto autor del proyecto don Antonio Gómez Davó, también fallecido». Con tal noticia, Gómez Davó, sus familiares y amigos quedaron sorprendidísimos, porque el ilustre arquitecto gozaba en aquel momento de una envidiable salud y había de vivir nueve años más. Algo parecido a los

casos de Velázquez y don José Benlliure, dados por muertos, si no en plena salud, algo antes del verdadero óbito de uno y otro pintor.

Otra obra del eximio arquitecto es la residencia femenina de la Sagrada Familia, una institución más de la benemérita Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia, destinada a las señoras que, por circunstancias familiares, deseen residir en ella. Este edificio, proyectado para tal exclusivo objeto, está construido en la calle de Gobernador Viejo, número 27, y consta de una magnífica y moderna capilla; dependencias diversas con sentido hogareño y buen gusto; habitaciones sencillas para las residentes y bien decorado comedor; salón de actos amplio, sobrio, para proyecciones y televisión, así como salas espaciosas para visitas. Al exterior, grandes ventanales, balcones, terrazas y un bello patio para la vida en común al aire libre, que lleva a la capilla. Empezó a funcionar a primeros de marzo de 1963.

Una más de sus obras importantes embellece uno de los centros neurálgicos de la vida ciudadana: el Banco de Valencia, obra realizada en colaboración con otros compañeros —Traver y Goerlich— y donde la impronta del personalísimo estilo de Gómez Davó, tan aficionado a las gracias del barroco —que el se villanismo cerámico y ladrillero de Traver acentúa—, marca la línea predominante en esta construcción de tono rojizo, aun con dejos del ya ido *art nouveau*, levantada a pocos pasos de nuestra plaza mayor, en la escenográfica confluencia de las calles de Don Juan de Austria y Pintor Sorolla, otro gran chaflán bien aprovechado por Gómez Davó.

Nacido en Valencia en 1890, murió en nuestra ciudad ochenta y un años después. Su brillante carrera la cursó en Madrid, obteniendo el título de arquitecto en agosto de 1917, trabajando desde entonces con denuedo, rigor y en un semirretiro propicio a la creación. Enemigo de recibir homenajes y distinciones, poseía, entre otras, la medalla de oro de primera clase de la Cruz Roja Española. Fue miembro del tribunal para el concurso de la reforma de la plaza del Caudillo y, según dijimos, académico, primero de número, luego de honor, de la Real de San Carlos.

Se han ocupado de su obra, publicando reseñas y comentarios, además de los periódicos locales y nacionales, la revista alemana *D B Z*, la suiza *Das ideal heim* y las españolas *Cortijos y rascacielos*, *Jardines valencianos y viviendas* y *Valencia Atracción*.

Gómez Davó, portador fiel de la tradicional arquitectura barroca valenciana, ha dejado la antorcha. Queda viva su obra majestuosa, ondulante, personalísima, para satisfacción y orgullo de la ciudad que le vio nacer y que le llora al morir. Otras tendencias, en la arquitectura y en todas las artes, desde la poesía a la música, como a todas las plásticas, y al mismo estilo de vivir, se imponen y triunfan para bien o para mal; es el sino histórico o, más bien, providencial de la vida. Mas siempre los bellos edificios, como los sonetos, las tallas, los cuadros o las sinfonías, seguirán sirviendo a la vez de deleite, de lección y de alivio en el caminar del hombre...

MARÍA FRANCISCA OLMEDO DE CERDÁ

